PSICOANALISIS, LIBERTAD Y PROYECTO

POR

JOSE AUMENTE

Los autores alemanes han hablado, ya hace tiempo, de una «psicología de lo que se posee» (Besitzpsychologie), al mismo tiempo que se referían, por otro lado, a una «psicología del uso y de la utilización» (Gebrauchspsychologie). Ambas implican, en primer término, una *conciencia de lo mío*, una conciencia de cómo son los caracteres de mi personalidad. Aunque aquí también rozamos, ineludiblemente, a un tercer factor, ya que la *conciencia de lo mío*, y de *su uso*, necesita un sujeto portador de la misma; significa la existencia de un yo, situado más allá, en otro plano, a todo eso que se sabe o que se hace. Porque, en realidad, solamente se hacen posible aquéllas cuando, con palabras de Lavelle, «existe una actividad que permite al yo hacerse a sí mismo, con elementos que encuentra en sí mismo, pero mediante una operación que depende únicamente de él».

Tiene, pues, una enorme importancia el hecho mismo de tomar posesión de las fuerzas de que disponemos y hacer, más tarde, el mejor uso de ellas. Cito de nuevo a Lavelle, cuando dice que «la mejor acción es la que está en la línea del carácter: es la única cabal, sincera, cargada de realidad y de eficacia; es la única que traduce verdadera fidelidad hacia sí mismo, que da fe de una tarea privilegiada que hemos reconocido como nuestra y que somos los únicos capaces de realizar».

Es sabido—pero importa insistir—que el hombre es un ser que, continua e incesantemente, se está haciendo (1). De tal modo es así, que, incluso cuando se quiere penetrar en la esencia misma de su conciencia y, por tanto, importa desinteresarse de los *contenidos* de la misma, hay que captarla en algo así como en estado naciente, en ejercicio, aprehendiéndola en propio curso. Al percatarse, por colmo, de los propios estados y contenidos, éstos se nos presentan en una fuga continua y escurridiza, que ya pasaron

(1) Creo que fué KIERKEGAARD quien dijo que la existencia no puede ser pensada sin movimiento. De aquí también esa característica que tiene el hombre de ser siempre inacabado, inconcluso, en continua creación, como sostuvo el P. GRATRY. También ha hablado BERGSON del carácter de «cuasi creación», de alumbramiento de nuevas posibilidades que tiene la vida. ORTEGA nos señaló la tendencia prospectiva, «futurición», que constituye su esencia. La existencia sería siempre un aspirar a ser, un querer ser, un «saberse manco de ser», con palabras de G. MORENTE.

antes de poder fijarse. El hombre, cuando pretende conocerse estableciendo *datos*, sólo puede hacerlo, pues, por medio de su pasado, de lo ya realizado. Al fin y al cabo, el psicoanálisis no pretende otra cosa que, al descubrir nuestro pasado, modificar la *valoración* que tenemos del mismo.

El psicoanálisis ha abierto así, indiscutiblemente, un camino nuevo, amplio y fructífero, en ese conocimiento de uno mismo. Pero hay que repetir, con Santo Tomás, que «mi alma no es yo», o como Ortega, que «el alma es, de las cosas con que el yo se ha encontrado, la más próxima a él, pero no él mismo». A mi modo de ver, sólo contando con este *yo*, como *acto mediante el cual me hago a mí mismo*, con autonomía y con *libertad*, adquiere el psicoanálisis su verdadero significado. En este caso, su verdadera función es la de liberar nuestra actividad espiritual de la servidumbre de nuestro pasado, de nuestras imágenes cargadas, y de unos instintos más o menos bien encaminados. Su significación, pues, es evidente; aunque distinta a la de ser una imagen integral del hombre, cuando absolutiza, por el contrario, sus descubrimientos parciales. Hay un hecho fundamental: el psicoanálisis me muestra *todo aquello que no soy yo*, aunque *sea mío*; todo aquello que, en cierta manera, me impurifica, pero de lo que tengo que saber y, así, dominar, para ser verdaderamente yo.

Efectivamente, el psicoanálisis nos descubre una serie de fuerzas instintivas que llevamos dentro y el mecanismo por el cual se rigen, hasta proporcionarnos, en último extremo, una imagen «more geométrico» de los diversos modos en que se canalizan aquellas energías. De tal modo, que las diversas etapas constitutivas de nuestra libido, los mecanismos de represión, de defensa del «yo», de resolución de la situación edípica, de la formación del «super yo», etc., pueden aclararnos, con precisión rigurosa, cómo se han producido muchas características de nuestra personalidad. Es evidente, sin embargo, que cuando a ello se llega podemos aparecer al desnudo, pero también no de otra forma que «esquematizados», como un simple juego de fuerzas en el que, sin darnos cuenta, sin nuestra más pequeña participación, nos hubiésemos visto envueltos. Al fin y al cabo, sólo seríamos el producto de un juego de fuerzas ciegas, canalizadas así, por diversas circunstancias, desde nuestro nacimiento. Como se han producido, además, fuera del umbral de la conciencia, yo, como sujeto, no tengo la menor participación ni responsabilidad en las mismas.

Pero, lógicamente, si se absolutiza la verdad parcial del psico-

análisis, el hombre como persona queda inundado y obstruído. La respuesta del psicoanálisis a la pregunta por el hombre concreto, por lo que soy yo, es bien sencilla: un haz de fuerzas instintivas que, por determinadas circunstancias, ha evolucionado así. Incluso las más elevadas manifestaciones de mi manera de ser serían, entonces, el producto de libido desexualizada, sublimada por reprimida. La reacción ante esta respuesta no puede ser otra que la desolación. Lo que yo sea, o deje de ser, no tiene el menor mérito ni el menor pecado, puesto que «soy movido» por fuerzas desconocidas. El saber que de mí mismo me proporciona el psicoanálisis es un saber causal-determinista. En resumidas cuentas, se trata de una pobre imagen de mí mismo, exclusivamente mecánica, aunque por eso, perfectamente construída desde el principio al fin como evolución y canalización de una energía, con sus diques y espitas consiguientes.

Y, no obstante, cuando los hechos se colocan en su justo lugar y los descubrimientos no se absolutizan, entonces, repito, puede apreciarse que lo que el psicoanálisis nos muestra es, al contrario, no lo que soy, sino precisamente *todo aquello que no soy yo*. Todo aquello que, en cuanto instinto, ha sido dinamismo inconsciente y ha impurificado mi intimidad más pura; todo aquello que, en realidad, no me pertenece, puesto que ha obrado sin mi conocimiento.

De todas formas, no puede negarse que el psicoanálisis me proporciona un «quantum» de facticidad en forma de *pasado*. De ninguna manera puedo desprenderme de éste, puesto que está ya inevitablemente vivido. Pero también es verdad, como ha señalado Sartre, que este pasado solamente actúa sobre mí en tanto que lo acepto como obligado, no quiero prescindir de él y, sobre todo, lo *valoro* de tal o cual forma. Es mi *proyecto* el que ilumina mi pasado, como dice este autor. Al fin y al cabo, el hecho de que un episodio lo interprete o no como humillante, por ejemplo, depende de como aspire a vivir mi futuro.

Lo importante, pues, es la ilusión que ilumine mi vida. Porque, en otro caso, y suponiendo que yo tenga una imagen de *lo que hay en mí*, en virtud de este mi propio mecanismo evolutivo, psicoanalítico; ahora ¿qué hago?, ¿me sigo dejando llevar por él? Ya no puede ocurrir, sin embargo, de igual forma que hasta aquí, porque al conocerlo lo he hecho consciente y, por tanto, lo estoy mediatizando en su ejecución con la conciencia que del mismo tengo. Si sé, por ejemplo, que estoy escribiendo o pintando esto, en

virtud de mi propia libido desexualizada; si sé que quiero a una persona con ternura porque estoy inhibiendo mis impulsos libidinosos hacia ella, entonces resulta que tales actos o sentimientos pierden para mí valor y calidades humanas. No puedo, pues, entregarme a ellos tan natural y espontáneamente como antes, porque sé demasiado y los inautentizo.

Queda una segunda posibilidad: no dejarme llevar por aquellos mecanismos, sino que, como ya los conozco, encauzarlos por el mejor camino, sacarles el máximo provecho. Pero aquí surge la gran pregunta que revela, además, la insuficiencia del psicoanálisis también como psicoterapia. ¿Provecho para qué, en qué sentido, con qué finalidad? Si incluso lo más elevado está determinado, si todo se reduce a evolución de la libido, entonces nada merece la pena y todo carece de sentido; entonces, para qué vivir. Vivir por la vida en sí, vivir por vivir, no es suficiente. Todo el mundo vive por algo y para algo. La vida humana no puede reducirse a sí misma, sino que, además, es trascendente. En la trascendencia está su sentido. El psicoanálisis ignora esta trascendencia, y de aquí su insuficiencia para proporcionarnos el auténtico ser y saber de uno mismo. El psicoanálisis olvida el futuro que llevamos dentro. Dice Weizsaecker que «activo es, en el transcurso temporal, lo *no vivido* y lo *no sucedido*; por tanto, lo que faltaba, lo que no fué logrado, sino sólo esperado, anhelado, barruntado o deseado. Activo es, por consiguiente, lo no real, lo pático».

De este modo, aun suponiendo que el psicoanálisis nos haya dado un saber exhaustivo de *lo que poseo,* de mi facticidad, de mi pasado, queda lo más importante, que es su *utilización* en una dirección, con una finalidad. Y, en este sentido, la conciencia del hombre actual ha dado un salto extraordinario desde Freud hasta aquí. Porque se ha dado cuenta de que a lo que verdaderamente aspira es a *ser,* y no sólo a *conocer*; que su esencia radica no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, es decir, en la pretensión de ser esto o lo otro.

Es curioso la diversidad de procedimiento que entraña este nuevo planteamiento del problema. Si el psicoanálisis es regresivo, reducido a unas motivaciones inconscientes, es natural que ahinque sus investigaciones en el pasado del sujeto y analice su dinámica instintiva. En cambio, si lo que se pretende ahora es un *ser uno mismo* dirigido hacia adelante, al porvenir, de ningún modo podemos analizarnos, estudiar nuestro ser ya realizado. El miste-

rio del hombre reside en que su existencia le es *ofrecida* y no solamente *dada*. Lo que puede percibir en sí mismo solamente son materiales o instrumentos para que en cada momento los vaya utilizando. Pero, precisamente, la gran tarea de hacernos a nosotros mismos consiste en liberarse de la servidumbre de ese pasado, de las coacciones de nuestro estado de ánimo, de las solicitaciones del mundo exterior, y «ahondar lo bastante en sí mismo como para volver a encontrar la fuente primitiva de toda actividad creadora» (Lavelle).

Como ya dijo Ortega, mi existencia no es mi cuerpo, mi psiquismo, mi país ni mi situación, sino «lo que yo hago con todo esto». Pero, probablemente, que una de las más importantes conquistas del existencialismo es haberse percatado, en toda su crudeza, de esta radical libertad del hombre. Libertad que es la substancialidad de mi yo. Admitir la existencia de yo como sujeto es admitir que soy acto que me hago, y en el que estoy comprometiendo mi existencia (2).

Pero esta libertad se desvanece cuando quiero captarla en lo ya realizado, en mi pasado, puesto que aparece entonces determinada por un mecanismo más o menos inconsciente, incluso biológico (psicoanálisis), o cuando es susceptible de ser *comprendida* psicológicamente por unos móviles o unos motivos. La libertad tengo que captarla como acto presente, último e irreductible, en el que elijo estos móviles o estos motivos «porque quiero». A sabiendas de que, en último extremo, yo soy el que le confiere la importancia o significación que tienen, el que los acepta o se entrega a ellos. Una prueba de este hecho radical, y que testimonia en buena parte de él, se halla en la conciencia de responsabilidad e imputabilidad en el hombre, susceptible, por otra parte, de crear un sentimiento de culpa.

---

(2) Esta libertad, en todo su escalofriante dramatismo, aparece expuesta en estas palabras de VIKLTOR E. FRANC: «Es espantoso saber que en cada instante pesa sobre mí la responsabilidad del instante siguiente; que toda decisión que tome, lo mismo la más grave que la más nimia, es una decisión tomada para toda la eternidad, irrevocable; que en cada instante de mi vida realizo y desaprovecho una posibilidad, la posibilidad de este instante mismo. Cada instante que transcurre lleva en sus entrañas miles de posibilidades, pero a mí sólo me es dado elegir una para realizarla, condenando con ello a la muerte, al no ser, y también «para toda la eternidad», a todas las demás posibilidades por las que no opto. Pero es al mismo tiempo sublime saber que el porvenir, no sólo el mío propio, sino también el de las cosas y de los seres humanos que me rodean depende, en cierta manera—y por muy pequeña que ella sea—, de las decisiones que yo mismo adopte en este instante. Lo que yo realice por medio de ellas, lo que por medio de ellas «cree» yo, lo pongo a buen recaudo en el mundo de la realidad, librándolo así de perecer. Sin embargo, el hombre es con frecuencia demasiado perezoso para afrontar esta su responsabilidad.»

Pero el uso de esta libertad, sin embargo, al mismo tiempo que implica un material sobre el cual ejercerse, necesita, además, una dirección, una finalidad, hacia la cual encaminarse. De otro modo, el libre albedrío como «liberum arbitrium indifferentae», no puede admitirse. La misma concepción cristiana incluye móviles y motivos en la radicalidad de la libertad humana. Santo Tomás afirma que «totius libertatis radix est in ratione constituta» (*De veritate*, 24, 2). En cambio, la libertad que se nutre de sí misma, sin nada en que manifestarse ni por lo cual ejercerse, es la libertad que apunta Dostoiewski en *Los endemoniados*, Camus en su *Calígula*, y que aparece en algunos existencialistas. Es la libertad negativa de Kant y N. Hartmann. El propio Kierkegaard habla del «vértigo de la libertad» como angustia ante el cúmulo infinito de posibilidades que el sujeto puede realizar. Pero tal libertad, sin finalidad ni sentido, resulta en sí misma inconcebible. En todo caso, tiene el sentido de la libertad por la libertad, como fundamento de una nueva jerarquía de valores. Y, en este caso, ya se nutre de algo.

Repetimos: lo que al hombre fundamentalmente importa es la *utilización* de «lo que posee» en una dirección, con una finalidad. La *razón vital* de Ortega es la razón que necesito para decidir, para justificar mi decisión y, en suma, vivir. La gran conquista de la autoconciencia del hombre actual es la del *proyecto fundamental* (Sartre), el *deseo* (Lavelle) o el *requerimiento incondicional* (Jaspers), como esa profunda vocación de mi ser que preside mi existencia. Lo importante no es que yo—esto que en mí accede o consiente—elija entre lo que se le ofrece, sino cómo lo elije, es decir, los supuestos que definen a esta decisión. Y esto lo realizo a partir de una inquietud, un proyecto, un ser por delante de sí, un aspirar a ser.

José Aumente Baena.
Gran Capitán, 42.
CÓRDOBA (España).